Gerrit van Honthorst, *Mujer tocando la guitarra*, c. 1624 [Museo del Louvre, París].

# vela

Tenía la costumbre de pintar a la luz de unas velas, como Godfried Schalcken, cuyos lienzos crean un continuo resplandor. A veces, a Honthorst le bastaba un único haz. Le atraía tanto el fondo oscuro de Caravaggio que entraba en la tela con el sigilo de un viajero en la noche. ¿Qué me ofrecen las sombras?, se decía. Un seguir la búsqueda, un olvidar lo que veo a pleno día, donde están *el ruido y la furia*.

La luz afirma, pero una sola llama, que es una existencia sencilla, hace que las formas sigan en su pregunta. Lo vacilante, lo que vive entre ocultamientos tiene el prestigio de lo misterioso, la metafísica le viene dada. Cuando una vela arde, sabemos que quema el aire y hace de él una oquedad, una llaga que se está curando: ilumina los contornos, desvela un rostro y los objetos con la intimidad de lo cercano. La luz eléctrica no transige, ocupa toda la habitación, irrumpe, no se detiene en los pormenores, en los que todo es más solitario. Gerrit van Honthorst lo ha decidido así, quiere evocar mientras pinta.

El cristal y el vidrio, la seda y la sarga. Luces distintas, tactos diferentes; están comprendidos en el giro del mundo. Crecen el álamo y el matojo; baja el Danubio y corre la acequia. Aquello que se pretende uniforme lo han pensado los absolutistas. La realidad se alimenta de su escisión. Hay un Hugo de San Víctor y un Göring; una Clara de Asís y una Antonina Makárova. El bien y el mal, sendas diversas, pasos diferentes.

Baruch Spinoza escribe en la *Ética* que el soldado que ha visto en la arena las huellas de un caballo, de inmediato pensará en el caballero, y el caballero le evocará enseguida la guerra; y de otro modo, el caballo, a un campesino, con solo verlo, le recordará al arado, y el arado al campo, "y así cada cual".

La historia de los instrumentos musicales sabe de esta duplicidad y de estas rápidas asociaciones, de los ecos que resuenan en las distintas laderas del mundo. La guitarra tiene también su doble, cuenta con sus caminos bifurcados y la reminiscencia de otros universos.

Sebastián de Covarrubias, en el *Tesoro de la lengua*, señala con desabrimiento que en su tiempo la guitarra se emplea "muy en perjuyzio de la música". La guitarra no es más que "un cencerro, tan fácil de tañer, especialmente en lo rasgado, que no ay moço de cavallos que no sea músico de guitarra". Mientras escribe en su estudio de la canonjía, justo detrás de la catedral de Cuenca, añora el tiempo en que la vihuela hacía que el siglo fuera más de oro. Considera la guitarra para las noches de vino y la compañía altanera, quizá por ser el más *mañero* y menos costoso de los instrumentos, como dice Cervantes.

Tampoco falta en las barberías, suena entre los clientes con ganas de alegría, se abre paso junto a las navajas y las jofainas. Quevedo está convencido de que el verdadero suplicio de un barbero en el infierno es no tener una guitarra.

Ramón Andrés: "Una luz para cada mundo"
*Despacio el mundo*. Barcelona: Acantilado, 2024, pp. 157-161

Gerrit van Honthorst, *La guitarrista*, 1631 [Galería Nacional de Arte, Leópolis, Ucrania].

Pero la guitarra, y he ahí la otra cara, no sólo está en manos de los *moços de cavallos* y de los barberos, no. Algunos compositores escriben una música valiosa para ella, obra de pendolistas, destilada. Porque en sus partituras nace caleidoscópica, está taraceada de pasajes súbitos que se abren a armonías complejas y, de manera impensada, muy barroca, cambian con rapidez para ofrecer otro ángulo insospechado de la composición.

Existe una música digna para cada instrumento. El siglo XVII es el momento de un primer esplendor. El título de Pietro della Valle, *Della musica dell'età nostra que non è punto inferiore, anzi è migliore di quella dell'età passata*, que vio la imprenta en 1640, es una declaración.

Francesco Corbetta fue uno de los virtuosos que dedicó los días a calcular el gramaje del sonido más puro. Viaja a lo largo de su país, se dirige a España y Francia, recorre una parte de Alemania, recala en los Países Bajos, llega a Inglaterra, donde Carlos II queda deslumbrado ante la maestría de su arte. Samuel Pepys, que asiste a una velada en la que interviene el maestro italiano, se asombra, en su *Diario*, con fecha del 5 de agosto de 1667, de que una música tan excelsa suene tan bien en un instrumento "tan malo". Corbetta es un artista como pocos, gana cuantiosas sumas en Londres en las apuestas; el rey le ha otorgado el monopolio del juego. Es sagaz, tiene buen trato con todo aquello que gobierna el azar, sale airoso siempre. Su existencia es un puente tendido entre la capital inglesa y París. Imprime *La guitarre royalle* en 1671 y, tres años después, otro volumen con igual rótulo. La primera entrega es alambicada, de escritura afiligranada, con sorpresivas disonancias, únicas; la segunda, atiende a ese mismo estilo, pero acude más *a la maniera spagnuola*, a lo rasgueado; es la que deplora Covarrubias y divierte al cardenal Francesco Maria del Monte, el melómano mecenas de Caravaggio en Roma. Este toque feliz y desenvuelto, que bulle en los libros *alla chitarra spagnola* de otro maestro como Giovanni Paolo Foscarini, es el propio de la guitarrista de Honthorst, el pintor de las intérpretes festivas. Afina la cuerda prima, la tabla armónica tiene un rosetón bien labrado, no es cualquier cosa. Canta, participa en una reunión grata, quizá ha corrido algo de vino. ¿Alguien fuma? Se llama Minette, tal vez Saskia o Anneke. Lleva un buen rato tocando, las cuerdas de tripa ceden con facilidad, hay que recomponerlas a menudo. Parece distraída, pero su oído ama lo que suena claro, esa onda que ya no puede ser replicada. Lo llamamos precision.

Si no fuera porque el cuadro es anterior, otra guitarrista de Honthorst, guardada en el Museo del Louvre, podría ser la secuencia de esta animada tañedora que se conserva en la ucraniana Lviv, que llamamos Leópolis. Toca a lo rasgueado, con las cuerdas *strusciate*.

Gerrit conoce bien Italia, Roma sobre todo, ha oído tocar allí *alla spagnuola*. Él, como Corbetta, vive en los dos caminos, los representa. Lo refinado y lo popular no se estorban, ni tienen por qué. Isabel de Bohemia y su hermano Carlos I de Inglaterra estiman al pintor; Christian IV de Dinamarca pide ser retratado por él. Cuando se encuentra en Italia, Cosme II de Medici lo considera un escogido; el conde William Craven lo solicita. La vela de Los músicos ancianos y la llama que ilumina *La negación de san Pedro* confluyen en Honthorst, sabe que hay una incandescencia para cada mundo.

No lo olvidemos: las velas que dejamos encendidas de día, también las necesitamos.